



La Última Moda

Madrid 12 de Marzo de 1888.

REVISTA SEMANAL

Año I.—Núm. 13

Oficinas: Serrano, 88, 2.º

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.—Explicación de los grabados.—Labores.—Mujeres contemporáneas: Ana Kingsford, por Daniel García.—Un aderezo de brillantes, novela, por Mario Lara.—Ecos de la novela de la vida, por Juan de Madrid.—Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—Recetas de la mujer casera.—Pasatiempo.—Patrones.—Anuncios.

Crónica de la Moda.

Han terminado las recepciones en el Elíseo, pero no los banquetes diplomáticos, ni los bailes que tienen por objeto contribuir con sus productos á obras de caridad.

Que los embajadores reunan en sus comedores y sus salones á las damas más distinguidas y á los hombres de Estado más importantes, no extrañará, puesto que estas funciones sirven de base á lo que llaman los políticos el equilibrio europeo. Pero sí sorprenderá ciertamente á las lectoras españolas, tan piadosas y tan cumplidoras de los preceptos religiosos, que haya bailes en París en este período del año.

No hay que juzgar por las apariencias. En esta gran ciudad existe la familia, y los deberes religiosos se cumplen con rigurosa exactitud. Pero esto no se ve al mirar á París, cuya superficie deslumbra, porque es lo que constituye el fondo de este agitado y proceloso mar. Hay en la gran capital una población flotante, en extremo numerosa, á la que se unen los que entran en turno á gozar de los esplendores y las magnificencias de la vida.

La fortuna encumbra siempre á unos cuantos, y no se ve



NÚM. 1.—TRAJES PARA RECEPCIÓN

SERIE 1.ª

más que á los que favorece. Si se fijara una mucho, notaría un continuo cambio de caras.

Los extranjeros y los que se divierten á toda costa forman ese animado y numeroso grupo que no permite el descanso, que multiplica las fiestas y que da lugar á que las modas se renueven y brillen en todo tiempo.

Bien es verdad que las fiestas mundanas suelen fundarse, por esta época, en pretextos caritativos.

La última que con este motivo se ha celebrado en el Hotel Continent-1 ha ofrecido un programa tentador. Entre otros atractivos, citaré el titulado *Historia retrospectiva del baile*, ó sea exhibición de todos los bailes de sociedad, desde la *Pavana* al *Cotillón moderno*, ejecutados por bailarines que vestían trajes de los países en donde los diferentes bailes han sido inventados. A esta serie de cuadros siguió *las metamorfosis del gusano de seda*. En el centro de un gran lienzo cuadrado apareció á los ojos de los espectadores una hoja de morera, y sobre ella un gusano de seda. Todo esto hallándose el salón á oscuras y no habiendo más luz que la que se proyectaba sobre el lienzo. De pronto el gusano se convirtió en capullo, y poco después, reemplazó al capullo una pintada mariposa... Pero no crean las lectoras que voló...; la mariposa era una joven agraciada, de carne y hueso, adornada con un traje de raso imitando los colores del voluble insecto.

Después siguió la exhibición en sombras chinecas de las figuras al natural de las actrices y de los actores más en boga en París, admirablemente reproducidos. En resumen, se pasó muy agradablemente la noche, y se lucieron preciosos trajes de baile; porque para contribuir á la obra de caridad en favor del Asilo de los Huérfanos de los artistas, acudieron muchas damas distinguidas.

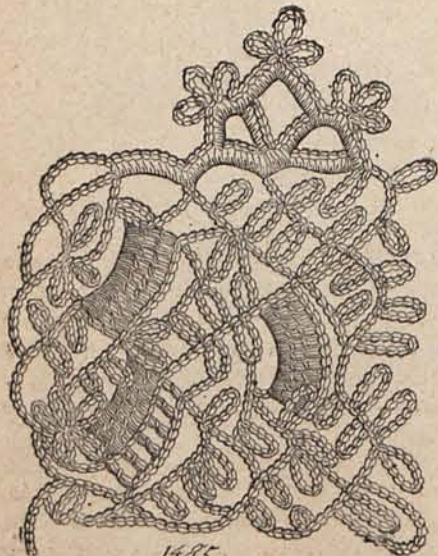
Podría con este motivo describir algunos trajes de los que más llamaron mi atención; pero en España, cuyas costumbres sé, respeto y aplaudo, esta descripción sería inútil en estos momentos.

En cambio, como es posible que la moda de los conciertos y de la representación de las comedias de salón y monólogos se extienda al lado allá de los Pirineos, diré que para estas solemnidades, los trajes, sin ser tan lujosos y magníficos como los de baile, se les asemejan mucho, adoptándose, aunque no es de rigor, los cuerpos escotados y los vestidos de cola. En una palabra, hay que vestirse algo; menos que para baile, pero más que para recepciones ordinarias.

Los abanicos constituyen en la actualidad uno de los adornos más en boga. Hablar de este accesorio á las españolas, que con tanta gracia lo lucen y que tan preciosos los poseen, parece cosa inútil. De ellas tenemos que aprender las mujeres de Europa en los demás países; pero sírvales al menos de satisfacción saber que el abanico está aquí ahora en todo su apogeo. Los que la Moda ha adoptado, son grandes y de plumas negras ó blancas, generalmente con varilla de concha finamente calada. La innovación consiste en que en uno de los lados del varillaje aparecen incrustados con polvo de diamante la inicial ó el enlace de las letras del nombre de la dueña del abanico. Sobre la concha, el dibujo diamantino produce gran efecto.

N.º 3.—PARTE DE DELANTE DE LA CARTERA

También sustituyen muchas, para adornarse la cabeza, las plumas y las flores con alfileres ú horquillas figurando medias lunas de brillantes. Las que no pueden tenerlos de verdad, los llevan imitados. Está admitido A las medias lunas seguirán otros dibujos representando estrellas, flores, hojas y quizás insectos. En este caso habrá producciones



NÚM. 4.—DETALLE AL CROCHET PARA CANESÚ DE CAMISA



NÚM. 3.—CARTERA BORDADA

Pero las que tengan paciencia y sepan conservar esa prenda heredada de sus madres, ó que formó parte de su equipo de novias, si ya pasan de los cuarenta, aún podrán lucirlos; y si no ellas, sus hijas. Porque la *Moda*, que parece voluble y tornadiza, no es ingrata y vuelve siempre á renovar todos sus triunfos legítimos.

Los chales de cachemir volverán; pero, por ahora, su papel es secundario. Engalanan objetos, en vez de engalar personas.

Pronto podré indicar con seguridad las novedades que ha de ofrecernos la Primavera. Hasta ahora se guarda el mayor secreto. Lo único que puedo decir es, que las hadas nunca están ociosas.

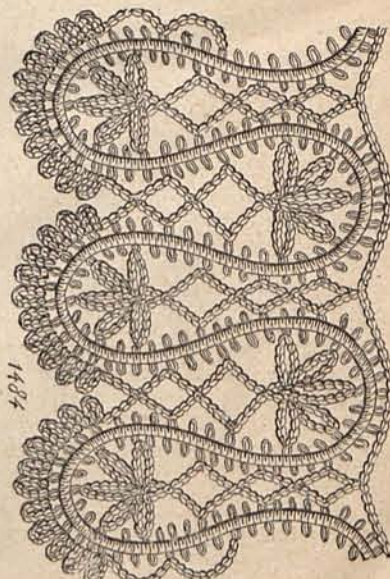
BLANCA VALMONT.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS

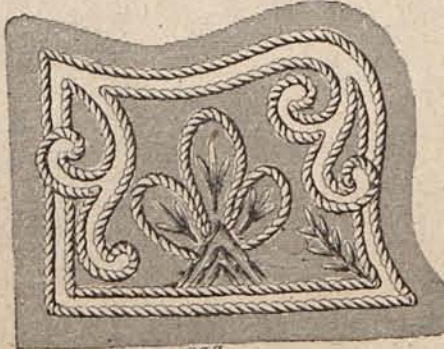
Núm. 1. **Trajes para recepción.**—1.º Cuerpo de terciopelo, color rubí, abotonado en el lado y acabando en punta por delante. Dos cordones de seda anudados, adornan la punta de

cuerpo y caen sobre la falda. Fichú de guipure blanco en forma de canesú. Mangas semilargas con aplicación de guipure. La parte de detrás de la falda es de terciopelo, formando *pouf*. Tiras de encaje adornan los costados. Delantero de guipure semicubierto por un recogido de *surah*. Tela necesaria: 10 metros de terciopelo, 5 de guipure y 4 de *surah*.

2.º Traje de piel de seda y linón de seda rayados.—Cuerpo de piel de seda, adornado con tiras de pasamanería de plata y abierto sobre una camiseta abullonada en la parte inferior y



NÚM. 6.—PUNTILLA AL CROCHET



NÚM. 5.—LADO DE LA CARTERA

plegada en la superior. Mangas plegadas de linón, adornadas con tiras de pasamanería y un doble volante en la bocamanga. Falda de piel de seda, bordada de plata y cubierta por un recogido de linón rayado. Tela necesaria: 15 metros de piel de seda y 8 de linón.

Números 2, 3, 4, 5 y 6. (Véase *Labores*.)

Núm. 7. **Abrigo largo.**—De paño verde oscuro, con doble fila de botones y tres esclavinas, cerradas por una solapa de terciopelo. Cuello, bocamangas y bolsillos de terciopelo.

Núm. 8. **Abrigo para niña.**—Es de paño color *béige*, abotonado en el lado y adornado con galones de lana, un tono más oscuro que el paño. Cuello y bocamanga de castor natural. Sombrero *Directorio* de paño *béige*, forrado de seda. Adornado con un pájaro y plumas fantasía.



NÚM. 7.—ABRIGO LARGO

Núm. 9. **Traje para recepción.**—De *peluche* gris y faya. Túnica recta, corte de sastre. Un plegado al través, formando punta, adorna la parte de delante. Solapas de *peluche* rodeando una camiseta de faya. La túnica se abre por delante sobre una falda lisa adornada en su parte baja con una doble fila de un plegado de faya en forma de cascada. Tela necesaria: 22 metros de *peluche*.

Núm. 10. (Véase *Labores*.)

Núm. 11. **Cuerpo para teatro.**—De lana gris con motas de terciopelo. Dos tiras de raso plegadas sirven de marco á una camiseta de linón blanco. Sobre el cuerpo se coloca un corselete de terciopelo, sujeto delante y adornado con un lazo. Mangas lisas con aplicaciones de terciopelo. Sombrero de terciopelo con el ala muy levantada por delante, adornado con cintas y plumas.

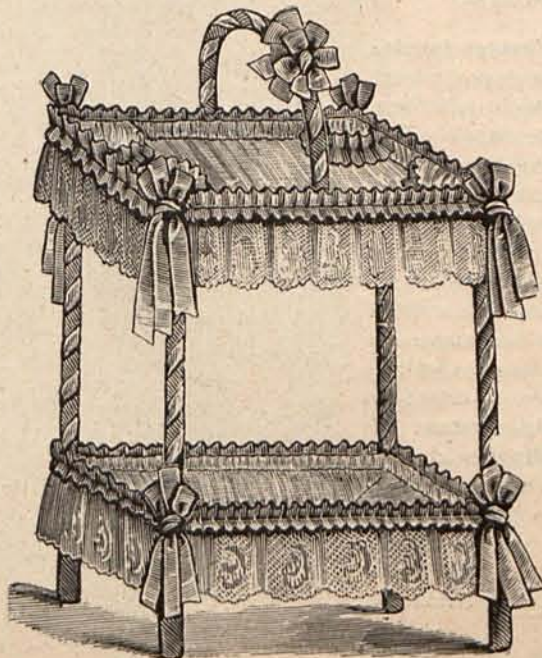
Núm. 12. **Traje para calle.**—El delantero del cuerpo está cubierto por un bordado de pasamanería.



NÚM. 8.—ABRIGO PARA NIÑA

La túnica, muy drapeada y rodeada de bordados en la parte de detrás, está sujeta en los costados por golpes de pasamanería. Falda redonda con dos volantes plegados. Tela necesaria: 11 metros de paño.

Núm. 13. **Traje para recepción.**—Cuerpo redondo de cachemir color flor de Judea cortado en ondas y abotonado en el lado, de donde sale un abullonado de seda que termina en un lazo sobre el hombro. Mangas cortadas á ondas, sujetas con botones, con un abullonado de seda en la parte alta. Falda de terciopelo cincelado color flor de Judea. Túnica de cachemir. Dos tiras de cachemir, con fleco en las puntas, con el lado izquierdo sobre la falda.



NÚM. 10.—MESITA DE LABOR

Tela necesaria: 6 metros de cachemir doble ancho y 8 de terciopelo.

Núm. 14. **Cuerpo para teatro.**—De faya mordorada, plegado en el delantero y la espalda. Una ancha tira de pasamanería perlada cruza el delantero del cuerpo y va á perderse en los costados bajo las aldetas de detrás. Mangas lisas adornadas con pasamanería. Sombrero plegado de faya mordorada, adornado con lazos de cinta. Una puntilla de blonda rodea el ala.

Núm. 15. **Gorra de mañana.**—De terciopelo granate y encajes antiguos. Un lazo doble de cinta adorna la parte de delante.

Núm. 16. **Traje para calle.**—Es de faya francesa azul marino. Cuerpo liso, cubierto por un *plastrón* abotonado, de terciopelo color crema. Mangas lisas con bocamangas de terciopelo



NÚM. 9.—TRAJE PARA RECEPCIÓN

Túnica muy drapeada, con *pouf* recogido sobre una falda de terciopelo del mismo color. Tela necesaria: 11 metros de faya y 6 de terciopelo.

Núm. 17. **Chorrera de encaje.**—Color crema, cayendo en forma de cascada. Un volante vuelto, de encaje, forma el cuello. Lazos de cinta a crema.

Núm. 18. **Adorno sobrepuesto para adorno de vestido.**—Es una especie de canesú de encaje, punto de Venecia, cuadrado por delante y acabando en punta por detrás. El resto del adorno es de crespón plegado y sujeto en la parte baja con un lazo. Cuello alto de encaje con una escarapela de cinta en el lado izquierdo.

Núm. 19. **Traje para calle.**—De paño *béige*. Cuerpo suelto, sobre un chaleco de muselina. Mangas lisas. Adornos de galón de lana en las mangas y los delanteros del cuerpo. Túnica muy drapeada, rodeada de tiras de galón y abierta en el costado. Falda redonda adornada con tres filas de galón. Tela necesaria: 11 metros paño.



NÚM. 11.—CUERPO PARA TEATRO

Núm. 20. **Gorra de mañana.**—El fondo es de entredoses y cintas. Un plegado de encaje rodea la parte de delante. Lazo doble de cinta en la parte de delante.

Núm. 21. (Véase Labores.)

LABORES

Núm. 2. **Cartera bordada.**—Se borda al pasado sobre un raso, terciopelo ó badana. Sobre raso ó terciopelo deben de ser las sedas de colores vivos. Un cordoncito de seda rodea unas aplicaciones más claras que el color del fondo. Si se borda sobre badana, es preferible hacerlo con sedas de un solo color. Los números 3 y 5 representan respectivamente la parte de delante y los costados de la cartera.

Núm. 4. **Detalle al crochet para canesú de camisa.**—Se compone de presillas de 7 de ca., y grupos de 12 bar. La parte alta tiene un festón de punto sencillo, terminado por presillas.

Núm. 6. **Puntilla al crochet y «mignardise».**—Se empieza por la vuelta exterior,

9 de ca., se pica en el cuarto pico de la *mignardise*, 7 de ca., se pica en el tercero de los 5 de ca., otro punto en el mismo se pica en el siguiente. Luego 11 picos seguidos, 7 de ca., se pica en el cuarto, 11 de ca., se pica en el tercero, se vuelve al quinto punto de los 11 se termina el primero de los 5 pétalos de la estrella, 5 de ca., al tercer pico 4 de ca., al primero de los 5 7 de ca., al tercer pico 6 de ca., al primero de los 7 de ca., 5 de ca., al tercer pico 4 de ca., al primero de los 5 últimos 2 de ca., se cierra la estrella picando al segundo punto de ca., que preceden al primer pétalo de la estrella 4 de ca., se pica al cuarto punto 3 de ca., al cuarto de los 7 que están enfrente del crochet 3 de ca., se vuelve al cuarto pico de la *mignardise*, se repite lo mismo luego 3 de ca., al tercer pico 11 picos seguidos, y así sucesivamente.

Núm. 10. **Mesita de labor.**—Está cubierta de muselina y adornada con puntillas y rizados de cinta. Los pies de la mesita están rodeados de cintas de raso y adornados con lazos.

Núm. 21. (Continuación del abecedario para marcar sábanas de diario.) En este número insertamos la J y la L.

MUJERES NOTABLES CONTEMPORÁNEAS

ANA KINGSFORD
Esta doctora en medicina, de la facultad de París, que acaba de morir.



NÚM. 16.—TRAJE PARA CALLE



NÚM. 12.—TRAJE DE CALLE

joven aún, era inglesa. Descendiente de una modesta familia, con la desenvoltura peculiar en sus compatriotas llegó a París en 1874, se instaló en el barrio Latino, el barrio de los Estudiantes; se matriculó, y en 1880 tomó el grado de doctor en la Escuela de Medicina. En este ejercicio académico llamó mucho la atención la teoría que desarrolló, demostrando que la alimentación vegetal es la única que conviene a los seres humanos.

—Quiere demasiado a los animales para comerlos, decían los médicos aficionados a los buenos *beefsteaks*. En efecto, jamás se alimentó con carnes ni pescados, dando el raro ejemplo de estar su práctica de acuerdo con su teoría.

Con el título de doctor, volvió a Londres, se dedicó a asistir enfermos y no tardó en reunir una numerosa y distinguida clientela de señoras y niños.

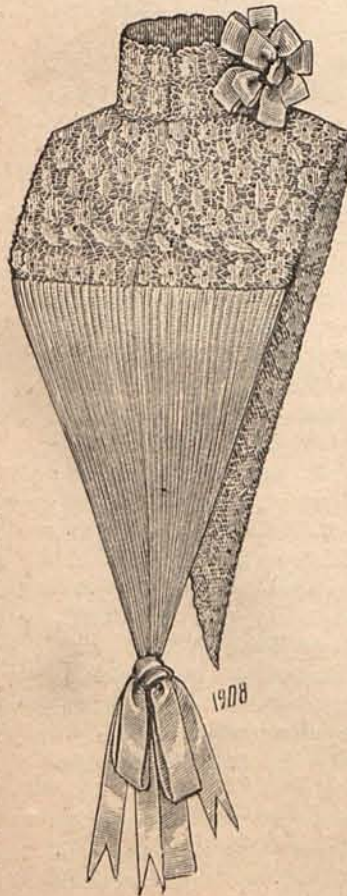
A pesar de su



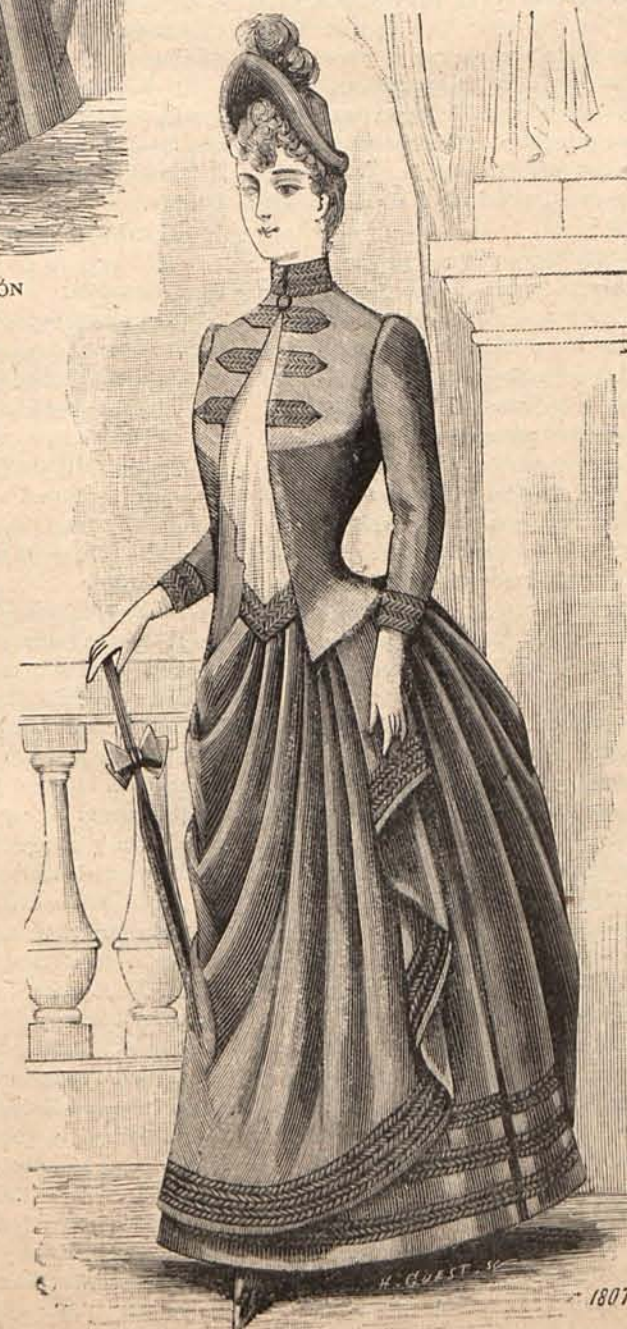
N.º 17.—CHORRERA DE ENCAJE



NÚM. 13.—TRAJE PARA RECEPCIÓN



N.º 18.—ADORNO PARA CUERPO



NÚM. 19.—TRAJE PARA CALLE

ciencia y desu higiene, no ha podido curarse la enfermedad que la ha llevado al sepulcro, y que ha sido una tisis hereditaria. Pero en los ocho años que ha ejercido, su crédito había llegado a ser inmenso por su acierto. Además se ha distinguido por la campaña, que ha hecho con verdadero ardor, en favor de los animales. Había fundado varias sociedades protectoras, que, sobre todo en Suiza é Inglaterra, han prosperado mucho; y en París una Sociedad que aún existe contra los que destinan los animales á experimentos, sacrificándolos al deseo de estudiar un poco y al de encontrar un medio de adquirir celebridad y fortuna.

Pero más aún que su útil y aprovechada vida, ha sorprendido y admirado la tranquilidad con que ha presenciado las postrimerías de su enfermedad, que conocía mejor que los médicos que la han asistido.

Algunas horas antes de expirar escribió una carta, que han reproducido los periódicos y que evidencia su grandeza de alma.

Vamos á reproducirla, porque es la mejor biografía que puede hacerse de esta mujer, que ha revelado una vez más cuán grande es la fortaleza de ese hermoso ser que pasa por débil.

La carta, dirigida á la presidenta de la Sociedad contra los sacrificadores de animales, decía así:



NÚM. 14.—CUERPO PARA TEATRO

«Envío á usted, mi buena amiga, la cantidad que después de mi muerte debería recibir nuestra querida Asociación. Se la remito á usted antes de morir, para que no tenga usted que abonar los derechos que la reclamaría la Hacienda por tratarse de un legado. Ayer han examinado mis pulmones con minuciosa escrupulosidad los doctores que me asisten, y se han convencido de que no me equivoco cuando les digo que ya muy poca guerra voy á dar en el mundo. Con este motivo me apresuro á enviar á usted el adjunto cheque de cien libras esterlinas.

»Quiero arreglar bien todos mis asuntos antes de emprender el largo y eterno viaje. Aunque he vivido poco, he tenido bastante tiempo para estudiar y admirar la obra del Creador. Ir hacia ese Supremo y Gran Artista, y llevar el alma



NÚM. 20.—GORRA DE MAÑANA



NÚM. 15.—GORRA DE MAÑANA

sana, aunque el cuerpo enfermo y destruido quede por acá, es una dicha que me sonríe.

»Al volver la vista atrás, mi conciencia no se estre- mece. No he hecho mal á nadie: he procurado el bien de todos mis semejantes. La ciencia que á muchos hombres hace soberbios, aumenta mi humildad.

»Morir así no me asusta: es una esperanza que me sonríe...

»Las fuerzas me abandonan; es muy posible que sean las últimas las que me permiten trazar estas líneas...

No escribió más. Algunos minutos después expiraba. Su rostro era como su alma; bellísimo en extremo y coronado por una hermosa cabellera de oro.

Sentimos no poder ofrecer su retrato: nos ha sido imposible adquirirle; pero su alma al ménos queda re- tratada en la carta que trazó su mano momentos antes de morir.

DANIEL GARCÍA

UN ADEREZO DE BRILLANTES

POR

MARIO LARA

(Conclusión) (1).

Al día siguiente, al anochecer, llegó á Burdeos y se hospedó en un hotel modesto, próximo á la estación de San Juan.

Todavía le quedaban 60 francos.

Estaba rendida y necesitaba recuperar las fuerzas.

No había duda, estaba cerca de Antonio, al día si- guiente le hallaría.

Aquella noche durmió con la tranquilidad y la sa- tisfacción de la esperanza próxima á convertirse en realidad.

Despertó muy temprano, y después de arreglarse para salir á la calle y comenzar la peregrinación en busca de su esposo, se puso en marcha, llevando el saquito que contenía el aderezo.

En el colegio había aprendido el francés, y aunque había hecho en su vida poco uso de este idioma, por ese esfuerzo á que nos obliga la necesidad, recordó lo necesario para hacerse entender.

En el hotel preguntó las señas de las Agencias de transportes marítimos, y provista de estos datos se dirigió á las varias casas que admitían pasajeros y fle- tes para América.

Ni por el nombre, ni por las señas que dió de su es- poso, le conocían en aquellas casas. No figuraba en la lista de los pasajeros que aguardaban la salida de los buques. Entonces pensó que podía muy bien haber ocultado su nombre verdadero; y en cuanto á su filia- ción ¿no habrían las pesadumbres y la miseria cam- biado su aspecto?

Entre los que habían tomado pasaje había algunos españoles; pero los empleados que, interesados por ella, procuraban esmerarse en ayudarla en su difícil empresa, aseguraban que ninguno de los viajeros de quienes tenían noticia era el que con tanto afán bus- caba Matilde.

—Hay en Burdeos, le dijo uno, algunos traficantes en carne humana. Recorren ellos, ó sus agentes, las Provincias Vascongadas y las montañas de Navarra, ofrecen el oro y el moro á los infelices que los creen, hacen tratos con ellos, les adelantan algunas sumas, los embarcan y se los llevan á América. Si esa perso- na á quien usted busca se ha visto en mala posición, no sería extraño que hubiese caído en la red de esos cazadores de blancos. En ese caso, no es fácil que nos- otros sepamos cómo se llaman las víctimas. Los en- cargados de enviarlos tratan con los capitanes de los buques, ó con los consignatarios, y éstos sólo pueden saber que irán á bordo ciento ó doscientos seres hu- manos, que se colocarán como puedan en el sollado y que serán tratados en la navegación peor que el equipaje. Dos ó tres días antes de la salida del barco van llegando los contratados, se hospedan en las peo- res posadas de los arrabales, y sólo el día de la mar- cha se reúnen en el puerto. ¡Da lástima verlos!

Estas noticias entristecieron profundamente á Ma- tilde. ¿Podía su esposo figurar entre aquellos desgra-

ciados? ¿Por qué no? ¡Ah! Pero ella le arrancaría de las garras de los explotadores.

El día terminó sin que hubiese podido realizar su deseo; antes por el contrario, sus esperanzas fla- queaban.

Dos días después debía zarpar un vapor que, según la habían dicho, tomaría á bordo una buena remesa de emigrantes.

El que había preparado aquel envío era un viejo provenzal que había pasado gran parte de su vida en el Uruguay. Matilde averiguó el hotel en donde habi- taba, y se fué á verle.

El traficante en esclavos blancos estaba almorzando, y cuando le anunciaron que una señora deseaba verle, se apresuró á recibirla.

La presencia de Matilde le sorprendió. La ansiedad que se pintaba en sus correctas facciones aumentaba su belleza.

Si aspiraba á pasar el charco, no vacilaría en hacerla brillantes proposiciones. Hasta pensó que haría el viaje de buena gana, por llevarla en su compañía.

Con la grosería de los que están acostumbrados á mandar y á no obedecer, la preguntó el objeto de su visita.

Al oír que preguntaba por un individuo que podía figurar entre los que había contratado, hizo un gesto, que añadió á la grosería de sus modales la picaresca grosería de su rostro.

—¿Se trata de algún tuno que la ha dejado á usted plantada? le pregunté.

Matilde sintió que su rostro se encendía, y no res- pondió.

—Si es así, añadió el viejo fauno, hace usted mal en buscarle entre los que yo me propongo hacer ri- cos. Los que aceptan mis tratos no tienen sobre qué caerse muertos; han agotado todos sus recursos, y de nada le serviría á usted que ese bribon, que por cierto ha tenido muy buen gusto, se viniese á buenas. En primer lugar, si forma parte de la remesa, no puede volverse atrás, á no ser que usted le reemplazara. Ese cambio me agradaría en extremo. Más haría por usted si se decidiese á embarcarse; iría usted en primera cá- mara conmigo, y yo procuraría hacerla olvidar á ese truhán.

—Caballero, dijo Matilde con la energía de la mu- jer honrada que se siente herida. Vengo á preguntar á usted por mi esposo, á quien las desgracias han po- dido obligar á aceptar las indignas proposiciones de usted ó de algún otro especulador como usted. Y no es protección la que pido para mí: puedo dar á mi esposo la que de derecho le corresponde.

—¡Hola, hola! Tenemos humos y soberbia! Pues, hija, las personas que quieren sobreponerse á mí pierden el tiempo. Por buenas soy muy amable, sobre todo con las damas; pero por malas no hay tu tía. Usted quiere saber, y se coloca en actitud dominadora. Váyase usted por donde ha venido, y busque á ese ma- rido, que, si lo es, comprendo por qué huye de su lado de usted. No tenemos más que hablar. A más ver, se- ñora orgullosa.

Las lágrimas se agolpaban á los ojos de Matilde, pero no lloró en presencia de aquel malvado.

Abandonó la estancia, y al llegar á la puerta de la calle tuvo que apoyarse en el quicio: las fuerzas le fal- taban.

¿Qué podía hacer para encontrar á Antonio? ¿Re- correría las inmundas posadas, exponiéndose á ser re- cibiada de peor modo aún?

Al día siguiente partía un vapor. No le quedaba más recurso que ir al muelle desde muy temprano y no dejar pasar desapercibido á uno solo de los viaje- ros que fueran á embarcarse.

Rendida y desalentada regresó á su hotel y pasó la noche sin poder conciliar el sueño, pensando qué re- solución tomaría si no lograba hallar á su marido.

Averiguó que á las diez de la mañana partiría la embarcación, y desde poco después de amanecer se si- tuó en un paraje desde el cual no podría ningún pa- sajero librarse de sus investigadoras miradas.

Era una mañana hermosa. El sol brillaba en todo su esplendor, y el muelle estaba animadísimo.

A cosa de las ocho comenzaron á llegar mozos for- nidos, vascongados de pura raza, unos solos y tristes,

otros acompañados de ancianos que parecían sus pa- dres y de niños que parecían sus hermanos.

Todos miraban instintiva y repetidamente al cielo. La alegría que algunos afectaban era triste. El hermo- so idioma eúskaro resonaba en los oídos de Matilde, como los melancólicos cantos que se oyen en las mon- tañas del Pirineo y repiten los ecos.

Algunas mujeres lloraban y enjugaban sus ojos con la punta del delantal. Unos cuantos habían bebido más de lo regular, sin duda para tener ánimo en el su- premo instante de la despedida y vociferaban, pero sin cometer excesos.

Los grupos engrosaban, se fraccionaban, unos avan- zaban como obedeciendo á la desesperación, otros re- trocedían ó se paraban como si una fuerza misteriosa los atrajese al suelo.

Matilde contemplaba aquel cuadro poseída de la más profunda emoción.

De pronto se estremeció, vió á lo lejos al viejo tra- ficante que con tanta grosería la había tratado el día anterior. A su lado iba un hombre miserablemente vesti- do, con toda la barba desigual y enmarañada, negra, pero con algunas hebras plateadas; un deteriorado sombrero hongo cubría su cabeza y ocultaba la parte superior de su rostro.

Al fijarse en él, la emoción de Matilde llegó á pro- ducirle un temblor nervioso, y creyó que iba á perder el conocimiento.

Pero hizo un supremo esfuerzo, y cuando, ya más cerca, aquellas dos personas que avanzaban hacia el embarcadero pasaron á su lado, se escapó de sus la- bios un grito.

—¡Antonio! exclamó.

El hombre de la barba se detuvo, miró en torno suyo, y al ver á Matilde, corrió á ella.

Sus brazos se enlazaron cariñosamente, y no tardó en formarse un grupo ante aquella escena conmo- vedora.

El viejo traficante se sonreía socarronamente. Los demás, figurándose que era una despedida, miraban con interés y simpatía el cuadro.

Matilde y Antonio querían hablar, y les era im- posible.

—¡Perdón! balbuceaba él.

—¡Te amo más que nunca, porque eres desgracia- do!... decía ella.

Los circunstantes comentaban el suceso, y el viejo fauno, después de excitar la risa de los presentes con unos cuantos chistes picarescos:

—¡Vaya, en marcha! exclamó dirigiéndose á Anto- nio; no hay tiempo que perder.

—¡Adiós... adiós! dijo Antonio á Matilde sin atre- verse á mirarla cara á cara.

—¡Cómo adiós!... exclamó ella. No te vas. ¿Habría de perderte después de las angustias que he padecido por hallarte?

—No hay más remedio.

—¡Escritura canta! dijo el silencio.

—Está empeñada mi palabra.

—Y ha recibido dinero á cuenta para pagar sus deudas. De modo que me pertenece.

—¡Ah, por piedad! exclamó Matilde, suplicando al traficante en blancos. Dígame usted cuánto le debe.

—¡Cincuenta pesos! Pero la escritura le obliga á embarcarse, y no le suelto.

—Pida usted cuanto quiera.

—¡Hola! ¿Tenemos dinero en abundancia? Pero estas cosas no se tratan al aire libre... Entremos un momento en el café de enfrente, y á ver si conseguimos enten- dernos. ¡Eh, muchachos! añadió dirigiéndose á los pa- sajeros. A bordo, y colocaos como mejor podáis.

Los tres se dirigieron al inmediato café.

Antonio no se atrevía á hablar, por más que Matilde se mostraba con él en extremo afectuosa.

—¿Usted quiere que este mozo, que por lo visto es el marido que buscaba, se quede en tierra? ¿Sí? Corrien- te. Pues apronte usted mil pesos, y rompo el trato.

—¡Eso es una iniquidad! dijo Antonio, sintiendo arder su sangre.

—¡Mil pesos!... Bien está... Ya usted comprende, dijo Matilde, que no poseo ese dinero... pero tengo una joya que vale más... Y sacó del saquito el estu- che, mostrando el aderezo al viejo.

(1) Véanse los números anteriores, desde el 1.º

Antonio cerró los ojos. No quería, no podía ver aquella joya, causa de todas sus desdichas.

En cambio el fauno miró los brillantes con codicia.

—Bien me darán por esto esa cantidad, dijo Matilde. Espéreme usted media hora nada más; el tiempo de llegar a la primera joyería, y volveré a entregar a usted el rescate de mi esposo.

Antonio hizo un movimiento, quiso hablar, pero la voz se extinguió en su garganta.

—Bien está, dijo el viejo; media hora nada más. Yo no puedo hacer que el vapor se detenga... pero ese tiempo, esperará.

Matilde salió del café con paso precipitado, pidió a un muchacho que la condujese por el camino más corto a la primera joyería que hubiese, ofreciéndole una buena propina, y no tardó en llegar al sitio donde esperaba hallar la salvación de su marido.

El platero, al verla agitada y descompuesta, y al tener ante su vista el aderezo, pensó que se trataba de una joya robada. Mientras Matilde le explicaba su situación, pensaba en avisar a la policía para que la detuviese.

De todos modos, examinó los brillantes, é hizo un gesto que sorprendió a Matilde. Buscó la piedra de toque, y tras un breve ensayo, que pareció a Matilde una eternidad, exclamó:

—Señora, estos brillantes son falsos. El aderezo no vale ni cien francos.

Matilde cayó desplomada.

El platero, variando de opinión al ver el efecto que habían producido sus palabras, acudió en su socorro y le prestó toda clase de auxilios.

Respuesta del estupor que había causado en su ánimo la declaración del joyero, perdida su última esperanza, abarcando con su dolorido pensamiento todo el horror del acto cometido por su esposo al regalarla unos brillantes falsos y el terrible y providencial castigo que sufría, todavía pudo en su espíritu, más que el horror y el temeroso asombro que le causó aquel decreto inexorable y terrible; aunque justo, de la Providencia, la generosidad, el deseo de dar bien por mal, y corrió hacia el muelle.

En el momento que llegó al malecón, resonó un cañonazo. El vapor partía, y la carne humana entregada a los azares de una larga y penosa navegación se movía al compás del balanceo del barco, templando la pesadumbre de la despedida con la esperanza de la fortuna.

Matilde corrió instintivamente como si hubiera querido detener la marcha majestuosa del vapor que arrojaba nubes de negro humo.

—Señora, señora, dijo a Matilde un camarero del café en donde poco antes había pactado el rescate de su esposo: han partido, y el hombre de la barba me ha suplicado con lágrimas en los ojos que diera a usted, si volvía, esta carta.

Rompió Matilde el sobre, y leyó estas líneas:

«Tu corazón es generoso, pero no debe perdonar jamás la infamia que cometí, y que es ahora el castigo mayor que podía sufrir después de haberte visto cariñosa y buena, cuando ya no esperaba más que tu desprecio. Si yo no hubiera sido un miserable, ese aderezo que tú considerabas como una prenda de lealtad y de amor, me habría salvado y me habría devuelto la felicidad. Parto resuelto a morir o a merecer, si no tu perdón, al menos tu piedad. Dios, que lee en los corazones se apiadará de nosotros.»

Matilde fijó sus ojos en el vapor que se alejaba, después miró al cielo, y pensó:

—Sí: ¡cúmplase la voluntad de Dios!

.....

Ya se ha cumplido.

Preguntad a los que han estado estos últimos años en la próspera y floreciente capital de la República del Uruguay, en esa risueña ciudad de Montevideo que hace soñar en los caseríos vascongados a las mozas y a los mozos; preguntadles si conocen a la Santa, y os contarán la historia de una mujer que, al verse sola y pobre en tierra extraña, no vaciló en contratarse para ir a Buenos Aires cuando el cólera diezmará aquella vigorosa población. Os referirán infinitos episodios de su caridad, de su abnegación, de sus sacrificios. Sin ser Hermana de la Caridad, pidió servir a las

que en los hospitales asistían a los enfermos; y cuando se supo en la ciudad del Plata que había ido allí en busca de su esposo ingrato, con quien quería compartir la pobreza y el martirio; cuando se supo su aristocrático origen y las vicisitudes de su vida, las principales familias de la población la colmaron de atenciones. Después añadirán que al cabo de tres años, y cuando la fama de su piedad se había extendido por aquellos países, y su nombre se pronunciaba con respeto y cariño, se halló un día sorprendida por la visita de un anciano que había ido desde Montevideo para buscarla, y le había dicho:

—Debo la vida a un hombre que ha sido muy culpable, pero cuyo arrepentimiento le hace acreedor a la indulgencia. Soy rico, no tengo familia; mi fortuna es para Antonio Peñalver. ¿Quiere usted perdonarle y ser feliz, para que en el ocaso de mi vida esa felicidad me ofrezca puros y bellos horizontes?

Matilde, que ya hacía mucho tiempo que había perdonado, voló a los brazos de su marido, y hoy, en aquella feliz y hospitalaria tierra, ella disfruta de la adoración que merece, y Antonio, verdaderamente arrepentido, hace olvidar a su esposa el pasado.

La verdadera dicha cuesta cara, y no todos la alcanzan.

Antonio no puede conseguirla.

La conciencia no nos abandona, hasta que cierra nuestros ojos para este mundo.

FIN

Como están muy en boga las comedias de salón, vamos a publicar desde el número próximo una, titulada

El juguete nuevo.

que fácilmente podrán representar los aficionados, y que juzgamos ha de ser del agrado de nuestras lectoras.

Después ofreceremos una interesantísima novela titulada

Lavinia.

Excusamos repetir que cuantas obras de amena literatura demos a luz en LA ÚLTIMA MODA, han de reunir, a la belleza artística, la más completa moralidad.

ECOS DE LA NOVELA DE LA VIDA

¿No es verdad que si los hombres políticos fueran mujeres nos ahorraríamos muchos disgustos y muchos sobresaltos?

No es que pretenda lisonjear a las lectoras; pero, francamente, lo que aseguro es que ellas no olvidarían los intereses de la familia con tanta facilidad como ellos.

A lo mejor está uno tan tranquilo, mira a su alrededor, y al ver a los pequeños que alegran y revuelven la casa, al ver a la querida compañera de nuestras dichas y desdichas, se dice uno:

—¡Gracias a Dios, los tiempos han cambiado! Hay paz, y aunque todos nos quejamos más o menos, lo cierto es que se vive. Aquellas asonadas, aquellos trastornos, acabaron; cada cual hace su negocio, eso sí, pero sin molestar al vecino con motines, sin asustar a las mujeres y a los niños con los tiritos de antes. Hemos ganado en costumbres y en buena educación. Todo no puede pedirse de una vez; pero a este paso es de esperar la perfección. Echará uno sus cálculos, trabajará con fe, invertirá los ahorros en valores del Estado, con la seguridad de no verlos bajar, los hijos crecerán y serán excelentes ciudadanos, podrá uno permitirse el placer de ofrecer a la familia honestas distracciones que compensen las preocupaciones y las fatigas de la mujer casera; en una palabra, le parece a uno que España forma parte de la Europa civilizada.

Pero de pronto los horizontes de color de rosa se oscurecen, se habla de misterios, se dicen al oído los unos a los otros que se conspira, se alude a dimisiones y jaleos tranquilidad, y cálculos y esperanzas risueñas!

Por supuesto que todas estas alarmas son hijas del descontento de unos, de la actividad imaginativa de otros, del impaciente apetito de algunos.

Luego se desmienten, y hasta otra.

Es seguro que las mujeres no desahogarían su mal humor de esa manera. Pensarían en sus maridos, en sus hijos, en los intereses de la familia, y hasta cuando vieran la cosa negra, la pintarían de oro y azul para no causar disgustos.

La verdad es que la lectura de los periódicos en los últimos días ha causado bastante alarma en los hogares.

Luego llovía, nevaba y hacía un frío horrible. Por añadidura nos contaban episodios como el del niño hallado en una casa de Pajares entre cinco cadáveres, los de sus padres y sus hermanos. La criatura vivía, y a su lado aparecieron también dos ó tres vacas que

le daban calor. ¡Pobre niño! La caridad le ha tendido una mano; pero cuando le cuenten la catástrofe ¡qué pena sentirá!

El invierno actual figurará en el número de los criminales célebres: ¡cuidado que ha hecho horrores!

Pero no es mi misión entristecer sino recrear el ánimo de las lectoras. Hablemos de bodas.

—Eso es.

—De bodas novelescas.

—Mejor que mejor.

Pero la novela hay que buscarla fuera... por ejemplo, en Suecia. Allí acaba de unirse el príncipe heredero del trono con una dama de honor de su hermana. La pícara razón de Estado obligó al Rey a separar a su hijo de la mujer que le había enamorado; pero los príncipes son hijos y las reinas son madres. Madre é hijo se entendieron, y mientras el príncipe, obediendo a su padre, viajó, la reina llevó a su lado a la joven y procuró que su marido comprendiera cuánto valía el alma de la elegida por su hijo. Hace poco que el heredero del trono regresó, y cuando menos lo esperaba, después de una comida a la que asistió la dama de honor, el Rey dijo a su hijo:

—Voy a darte la felicidad.

Al mismo tiempo unió las manos de los dos jóvenes. Y la bella camarista será reina de Suecia.

Otra boda que demuestra los triunfos que el talento y el trabajo consiguen en nuestros tiempos.

Cuando coséis con esa máquina que ha hecho célebre en el mundo el nombre de Singer, ¿os figuráis que el fabricante y su familia son unos industriales ricos, pero vulgares?

Nada de eso: Singer murió, pero su viuda, millonaria hoy, ha casado a sus hijas con un príncipe a una y con un duque a otra. Ella es también duquesa de Camposelice. La mayor de sus herederas es princesa de Montbeliard, y la menor acaba de contraer matrimonio en París con el joven duque de Decazes.

Ved lo que han dado de sí la humilde aguja y la modesta hebra de hilo, manejadas por el ingenio y el trabajo.

La máquina Singer es una ejecutoria de nobleza y una mina de oro.

Que la viveza de genio es compatible con el buen humor, lo ha demostrado el caballero que murió hace poco en Zaragoza, disponiendo en su testamento que se abonasen a su criado cinco duros por cada bofetón de los que le había dado en los momentos de arrebatado.

Surgía una dificultad. ¿Cómo comprobar el número de desahogos? ¡El criado podía muy bien exagerar...! Los testamentarios se vieron perplejos; pero, por fortuna del doméstico, apareció una nota consignando los bofetones que había administrado el amo al criado.

¡Apuntaba... y daba!

¡Ahí tienen ustedes a un hombre que ha llegado a la fortuna por dejarse dar de bofetadas! ¡Y habrá quien le envidie!

No han tenido esa suerte los criados que en Córdoba han estado en la cárcel, acusados del robo de una bandeja de plata.

Uno de ellos llevaba veintiséis años de buenos servicios.

Pero la bandeja no parecía.

También un niño estuvo a dieta un día para que declarara quién había escamoteado la alhaja.

¡Castigos inútiles! Los tres eran inocentes.

La bandeja se encontró luego cubierta de polvo, y los amos recordaron entonces lo que habían olvidado al acusar a sus servidores.

Pero con decir: ¡Me equivoqué!...

La historia de la habitación desde las épocas más remotas hasta nuestros días será una de las más interesantes curiosidades de la Exposición Universal que ha de celebrarse en París el año próximo.

Allí veremos cómo vivían poco menos que al aire libre los primeros habitantes del mundo, luego la gruta, luego las casas que se fabricaron sobre los lagos, sostenidas por troncos de árboles, después las construcciones sobre terreno firme, cabañas de madera, chozas, cobertizos; las casas de los aztecas, de los egipcios, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, las de la Edad Media, y, por último, las de la época del Renacimiento.

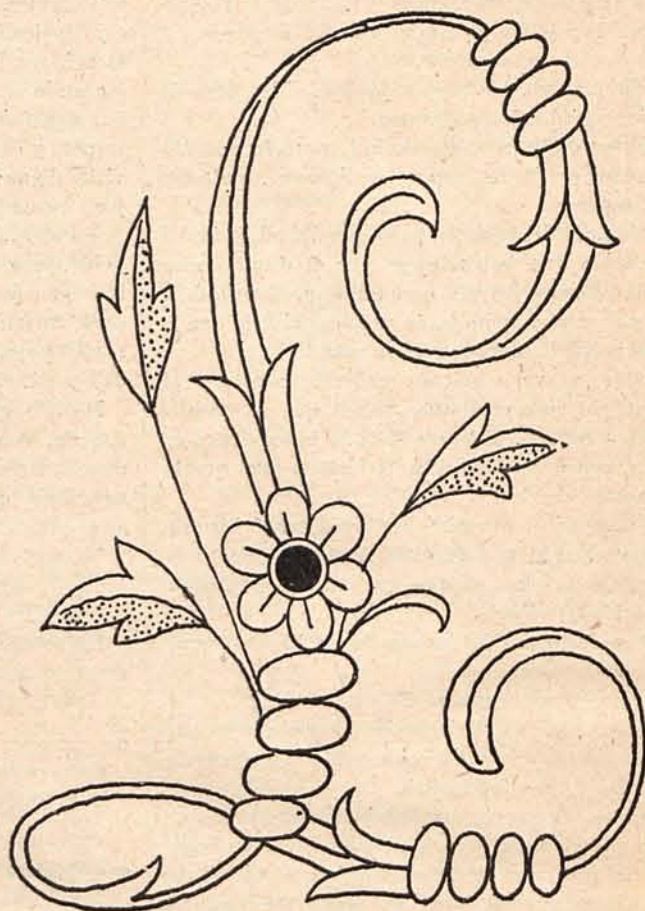
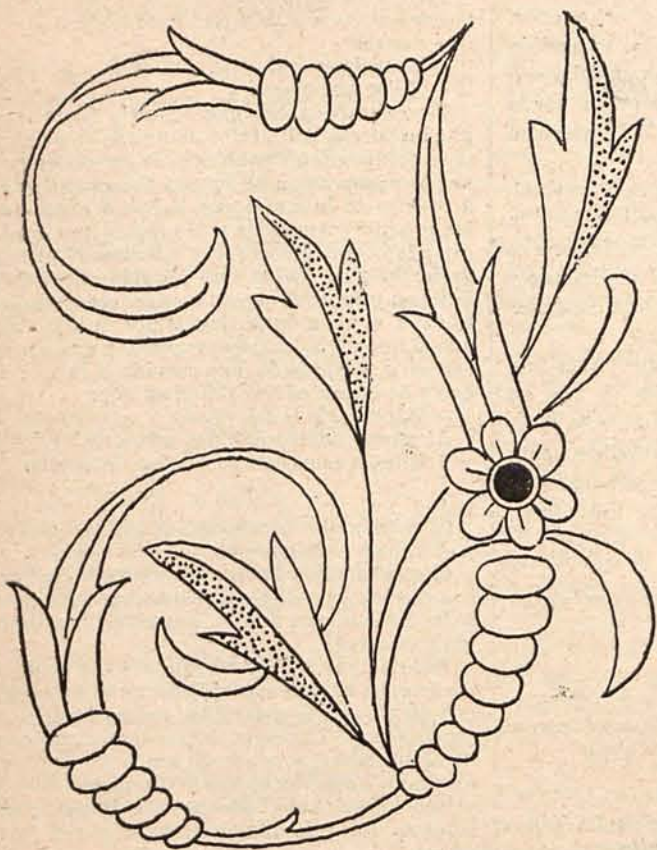
Nada más interesante que este espectáculo, en el que la necesidad, la comodidad y el lujo van desarrollando sus aspiraciones.

Desde la gruta a la casa rústica al hotel moderno, ¡qué distancia! ¡Como que hemos tardado en recorrer la más de treinta siglos!

Ya se anuncian las carreras de caballos de la Primavera. Se celebrarán el 27 y 30 de Abril y el 18 y 21 de Mayo.

DIBUJOS ARTÍSTICOS PARA BORDADOS

POR DON MANUEL SALVI



NÚM. 21.—ABECEDARIO PARA MARCAR SÁBANAS DE DIARIO (Se continuará.)

Blanca Valmont se cuidará seguramente de advertir á tiempo las novedades de la moda, porque en esas funciones el principal atractivo es el público, y cuando digo público, aludo al femenino.

Se ha estrenado una zarzuela titulada *La campana milagrosa*.

Cuando la tocan los que son malos, no suena. ¡Precisamente los que dan campanadas! Si hubiera campanas así, poco prosperarían los campaneros.

Ni algunos autores dramáticos.

JUAN DE MADRID

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Luz brillante, Cartagena.—Los colores que mejor sientan á las rubias son el azul claro, el blanco y el malva.

M. L., Pamplona.—Las señoritas no regalan alhajas; basta con que demuestre usted á su amiga su satisfacción por el enlace que está próxima á contraer, regalándole un objeto cualquiera de buen gusto, pero de escaso valor. Su mamá de usted es quien puede obsequiarla con una joya.

Filomena, Sanlúcar.—Sí, señora, tan á la moda es tan los zapatos negros como los mordorados.

R. D., Madrid.—Sí, señora. Indique usted sus señas en carta por el interior, y se lo llevará persona de confianza, á la que podrá usted abonar el importe.

C. G., Madrid.—El número de orden que vale es el del núm. 1.º Los repartidores se vieron y se desearon para servir siempre los mismos números de orden á las suscriptoras de Madrid; pero como, con gran satisfacción nuestra, son muchas, no pudieron, y se anunció en el periódico que los números que han de regir son los consignados en los vales del núm. 1.º de nuestra Revista.

Una madrileña.—Por regla general, los recién casados no participan su efectuado enlace hasta pasados tres ó cuatro meses. Lo que procede entonces es ir á visitarlos, si se desea tener con ellos relaciones. De lo contrario, se les envía una tarjeta. La regla general es

visitar ó enviar tarjeta á los recién casados á los cuatro ó cinco días de recibir la esquila de dar parte. Si los desposados quieren á su vez sostener relaciones amistosas con los que van á verlos, los visitan pocos días después de recibir la visita de pláceme.

N. S., Béjar.—Para las niñas, lo más elegante y de mejor gusto es el color blanco ó crema. Los encajes del mismo color son muy de moda, y no hay nada que los reemplace. Para la niña de nueve años, con los trajes que usted indica, botitas mordoradas.

LA SECRETARIA.

RECETAS DE LA MUJER CASERA

PARA HACER EL AGUA SEDATIVA.—La fórmula es la siguiente:

Amoníaco líquido á 22 grados.....	60 gramos.
Alcohol alcanforado.....	10 "
Sal marina.....	60 "
Agua pura.....	1 litro.

El agua sedativa sirve para lociones exteriores y para empapar lienzo que se aplican á las partes doloridas. Debe añadirse un poco de agua al usarla.

PARA LAVAR LAS BLONDAS.—Rara vez se lavan, por las dificultades que ofrece esta operación; lo más frecuente es proceder á su restauración engomándolas con la preparación siguiente. Se disuelven en agua caliente 40 gramos de bórax y 200 de goma laca. La goma no se echa en el agua hasta que el bórax está completamente disuelto. Después se hace hervir esta mezcla removiéndola con frecuencia hasta su perfecta disolución. Se aparta del fuego y se sumerge la blonda en el líquido ó se empapa con él por medio de una esponja muy fina. Después se extiende con mucho cuidado para que se seque. Cuando se quiere dar más consistencia á la blonda, se añade á la disolución indicada un poco de almidón cocido ó de gelatina disuelta aparte y mezclada con el agua de bórax y de goma laca.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Desde 1.º de Enero hay, ó por lo menos debe haber, en todos los estancos libranzas para pago de suscripciones á periódicos. Con estas libranzas debe abonarse la suscripción á LA ÚLTIMA MODA. Los sellos ya no sirven para pago de suscripciones.

Para los efectos del sorteo, se admiten suscripciones hasta el 24 de Marzo. El sorteo se celebrará el 25.

PASATIEMPO

CHARADA

A primera repetida
Con anhelo pregunté:
—Dime, si siendo dos tercía,
En algo primera tres.
Y me contestó:—No, todo,
Nada tienes que temer.

E.

SOLUCIÓN Á LA CHARADA DEL NÚM. 8.º

LOCURA

La han acertado la señora doña Matilde Ibáñez de Sáenz de Tejada, de Madrid, y la señora doña Filomena Sulz, de Valladolid.—El cuadrado de palabras del núm. 6.º lo acertó también la señora doña Josefa de León de Maglioli.

PATRONES

En los meses de Enero y Febrero hemos servido 117 patrones de diferentes clases y medidas, y hemos tenido el gusto de que las señoras que los han recibido hayan quedado satisfechas. Por regla general, las medidas vienen bien; algunas, sin embargo, al tratarse del contorno del cuerpo ó la altura del pecho, sólo miden, ó la espalda, ó el pecho de hombro ó hombro, y debe ser todo el contorno. Lo mismo decimos respecto de la cintura. Otras nos piden patrones que no podemos servirles, porque sólo ofrecemos los de los modelos que publica LA ÚLTIMA MODA. La facilidad que tenemos para hacer cortar los patrones en París y la perfección de ellos, va convenciendo á las señoras de que es más cómodo y práctico este sistema, que el de las libranzas de patrones en los que las líneas se presentan confusas y barajadas. Cuando se ha podido sacar el patrón de dicho librería, surge otra dificultad; la de hacerlo á la medida. Por estas causas, la mayor parte de los periódicos de modas han renunciado á la hoja de patrones. Verdad es que antes han tomado esta determinación las señoras. La cuestión era ofrecer con economía patrones cortados en París á la medida, y esto es lo que con el mayor gusto hace LA ÚLTIMA MODA.

La Última Moda.

SE REPORTE UN NÚMERO CADA SEMANA

Precio de cada número llevado á domicilio:

25 CÉNTIMOS DE PESETA

En Madrid, Barcelona, Valencia y Zaragoza, se admiten suscripciones por conducto de los Centros de repartidores comisionados al efecto.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiño, plaza de la Paja, 7 bis.